

¿Por qué celebramos un natalicio?

A PRIMERA vista, preguntarse por qué se celebra el natalicio del máximo prócer de la Independencia Nacional, puede sonar extraño. Quizá a muchos, tal celebración les resulta obvia.

Personalmente, creo que la conmemoración de un natalicio —cuálquiera que éste sea— tiene una particularidad que no la hace tan obvia, y que exige un examen más atento para comprender su procedencia y su significado.

La generalidad de las efemérides patrias celebran acontecimientos que ya al momento de producirse se percibieron —o al menos pudieron percibirse— como importantes. Ya sea una batalla militar trascendente, o bien la declaración de la independencia de un país o, en fin, la ocurrencia de un hecho cívico muy gravitante, son perceptibles en su importancia desde que se verifican. El tiempo podrá agigantar o disminuir esa percepción inicial, pero ella se origina junto con el acontecimiento.

No ocurre lo mismo con los nata-

licios. Nadie sintió en Chile que el 20 de agosto de 1778 había sucedido un hecho importante. Hoy, en cambio, todos conmemoramos esa fecha como un hito histórico. Fue la obra de O'Higgins lo que —a posteriori— la convirtió en tal.

LA REFLEXION al respecto encierra, a mi juicio, proyecciones muy profundas. Muestra cómo la vida constituye un desafío abierto, lleno de horizontes y riesgos, y de la cual cada uno termina siendo su propio arquitecto.

Ello lo sentí muy de cerca la semana pasada, al conversar con cerca de mil estudiantes secundarios sobre el tema de la vocación, en un semina-



rio organizado al efecto por la Secretaría de la Juventud.

Me impresionó palpar el deseo de tantos jóvenes por encontrar un sentido superior a sus existencias, capaz de encarnarse en un ideal. Incluso hubo varios que plantearon su inquietud sobre si ese idealismo juvenil es compatible con las exigencias prácticas de la vida.

La conversación me reafirmó en la necesidad de distinguir entre el ideal y la utopía. Ello vale tanto para definir la propia vocación como la postura que uno adopte frente a las diversas ideologías u opciones político-sociales.

El ideal apunta a una meta eleva-

“El ideal apunta a una meta elevada, pero posible y congruente con la naturaleza humana. La utopía, en cambio, es la aspiración a lo imposible, a lo antinatural”...

da, pero posible, y para ello ha de ser congruente con la naturaleza humana. La utopía, en cambio, es la aspiración a lo imposible, a lo antinatural, aunque ello se presente con noble atractivo. Mientras el ideal se conjuga siempre con el realismo, la utopía se desvía invariablemente seducida por falsos mitos.

PIENSO que es indispensable destacar la vocación personal, como un llamado específico y diferente que Dios hace a cada ser humano, y que se manifiesta en sus gustos y aptitudes, realidades ambas muy ligadas. Pero resulta quizás aún más imperioso insistir, además, en que la vocación se marca y se descubre a través de las circunstancias que a cada cual le toca vivir.

Desde las circunstancias familiares hasta las históricas, la realidad condiciona y define la vocación de cada persona. Sentirse frustrado porque esa realidad no permitió que nuestros gustos y aptitudes se proyectaran según nuestros sueños, implicaría pretender forjar una falsa vocación, que colinda con el capricho o la soberbia. Aceptar, en cambio, el condicionamiento de las circunstancias, lejos de suponer fatalismo o inercia, constituye el único camino válido para vencer los desafíos de un verdadero ideal.

En todas las vocaciones cumplidas y señeras —como la de O'Higgins— ese fue y será siempre un rasgo esencial.